

1) ¿Quién es el hombre?

Este año quisiera tener una serie de Capítulos dedicados al sentido de lo humano tal y como san Benito expresa en su Regla; Capítulos a la búsqueda del tipo de humanidad que san Benito, seguido de los padres cistercienses, quisiera cultivar en cada uno de nosotros. ¿Cuál es la visión del hombre según san Benito? ¿Cuál es su mirada antropológica? ¿Cómo se aprende a “ser hombre”? ¿De qué manera la pedagogía de san Benito está orientada hacia la unificación de nuestro ser en todas sus dimensiones?

Pienso en la hermosa expresión que san Benito utiliza a propósito de la acogida de los huéspedes, en el capítulo 53 de la Regla. Dice que es preciso atenderlos “con toda la humanidad posible – *omnis humanitas*” (RB 53,9). ¿Qué significa esta humanidad total, entera, que debería pasar desde nuestra experiencia monástica a aquellos con quienes nos encontramos y al mundo exterior?

Esta es una pregunta muy importante, porque ante el empobrecimiento humano del hombre contemporáneo, lo que somos y se da en nuestros monasterios, ante la multitud de personas que viven una humanidad “reducida”, desorientada, descentrada, arruinada, herida, se hace urgente para cada uno de nosotros y para todos conjuntamente comprender bien la puesta en juego a nivel humano del carisma de san Benito. Creo que si la Regla de san Benito se ha mantenido tan bien durante 15 siglos e permanece actual para el hombre del s. XXI, no se debe principalmente al hecho de que nos da la imagen justa y verdadera de Dios, sino al hecho de que ofrece la imagen justa y verdadera del hombre.

Esta búsqueda no es teórica. Tiene como finalidad que cada uno de nosotros pueda vivir su propia vida monástica con toda su humanidad y se deja conducir por la *conversatio* monástica según san Benito, es decir, por la vida monástica inspirada por él, a la plenitud de la humanidad a la que todos estamos destinados. No dedicar toda nuestra humanidad a la *conversatio*, en la conversión de vida que requiere nuestra vocación, equivale a impedir al carisma benedictino mostrar toda su medida y dar todo su fruto en nosotros mismos y a través de nosotros. En efecto, precisamente esta es una de las características más importantes del carisma de san Benito: la de dedicar a Cristo toda nuestra humanidad aceptando que Cristo de vida por completo al hombre que somos y que queremos llegar a ser.

Ahora bien, ¿cuál es el hecho fundamental que mueve a un ser humano a dejarse interpelar por el camino propuesto en la Regla de san Benito? He tenido ocasión de subrayarlo a menudo: es el deseo de la vida. No es por casualidad que la primera mención del término “hombre – *homo*” en la Regla es la cita de un versículo del Salmo 33, que se convierte en la pregunta fundamental que se hace a quien llega al monasterio: “¿Quién es el hombre que quiere la vida y desea ver días felices?” (Pról. 15; Sal 33,13).

“¿Quién es el hombre – *Quis est homo?*”. No: “*quid est homo*: qué es el hombre”, sino “*quis: quién* es el hombre”. El acento se pone sobre una identidad, no sobre una cuestión filosófica o estructural. San Benito, y el Salmo 33 antes de él, no busca una definición, busca a alguien. No quiere una filosofía, o una ideología, sobre el

hombre: quiere al hombre, la persona, una presencia.

¿Y cuándo se encuentra a alguien? ¿Cuándo se encuentra un hombre, una persona? Se encuentra cuando se encuentra su deseo, cuando se encuentra un hombre que desea la vida y la felicidad, que desea una vida feliz, una vida en plenitud. El ángel que se le aparece a Daniel se dirige a él llamándole, en la traducción de la Vulgata, “*vir desideriorum* – hombre de los deseos” (cfr. Dn 9,23; 10,11 y 19).

San Gregorio nos relata en sus *Diálogos* que toda la aventura espiritual de san Benito se inicia con un fuerte deseo de Dios que ha tomado el lugar de los deseos mundanos. El joven Benito deja Roma al comienzo de sus estudios, “*soli Deo placere desiderans* – deseoso de complacer solo a Dios” (Pról.). Y cuando el monje Romano lo encuentra en el momento en el que Benito no solo ha dejado Roma y los estudios, sino incluso a su nodriza, le pregunta, literalmente, “*hacia dónde tendía – quo tenderet*” (cap. 1). Entonces, Benito le revela su secreto deseo del que Romano será por un cierto tiempo su custodio. Gregorio escribe: “Cuando [Romano] conoce su deseo, no solo mantiene el secreto, sino que le ofrece su ayuda: fue él quien le dio a Benito el hábito de la vida santa; y le sirvió en lo que le fue permitido”.

El joven Benito recibió, por lo tanto, dos gracias: un gran deseo de Dios y de vida en Él, y un padre que se tomó en serio este deseo, lo ha guardado en su corazón y ha ayudado a Benito a dedicarse plenamente con toda libertad para que este deseo pudiera realizarse. En el fondo, Benito encontró en Romano un hombre que se tomó en serio la exigencia más profunda y más preciosa de su corazón y, en consecuencia, se tomó en serio su humanidad. Se tomó en serio el corazón de Benito, su corazón hecho para Dios y que no encuentra reposo si no descansa en Él (cfr. San Agustín, *Conf.* I, 1).

¿Cómo se tomó en serio Romano el deseo profundo del corazón de Benito? Romano no le predicó un retiro espiritual: le llevó el pan necesario para sobrevivir. Cuidó de él como una madre de su hijo, dejando a Dios ocuparse del resto directamente en el corazón de Benito.

Tengo la impresión que a través del testimonio del monje Romano, que se daba tanta prisa en ir regularmente a llevar el pan al joven eremita, es como Benito tuvo la primera experiencia fuerte de lo que significa ser “humano”. Muchos años después, cuando Benito escriba en su Regla que se debe acoger a los huéspedes con “toda la humanidad posible” (RB 53,9), es como si recordase la humanidad caritativa y fiel de Romano que se cuidó de sus necesidades materiales y alimentarias para que pudiera llegar hasta el fondo en su deseo de Dios.

En este episodio y en este período clave del recorrido de san Benito se da como una síntesis de todo lo que será la experiencia benedictina: un tomarse en serio el deseo de Dios que habita en nuestro corazón, que no olvida la humanidad entera de la persona. Un tomarse en serio el corazón del hombre que llega hasta a tomarse en serio a todo el hombre, incluido su estómago. Un amor del corazón que llega hasta el amor al cuerpo. Y un cuidado del cuerpo que llega hasta el cuidado del alma.